



“La resurrección de los muertos y la Resurrección de Jesús”
Conferencia pronunciada por el R.P. Manuel Carreira, sj, en el Simposio
“Creación y Evolución”.

El estudio del dogma de la Resurrección en toda su amplitud exige aclarar ante todo el concepto de Hombre, y, como consecuencia, el de Cuerpo y de Materia. Esto debe hacerse con todos los datos de nuestra experiencia sensitiva, ayudada y completada por la ciencia actual, Física, Química y Biología. De lo contrario, es fácil encontrar paradojas y oposición entre lo que nos parece obvio, resultado de la experiencia vulgar, y lo que nos enseña la Teología.

Hablamos de la Resurrección como un hecho transformador de la existencia humana, no meramente de un volver a la vida durante algunos años (como en los casos evangélicos de la resurrección de Lázaro, la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naím). De esa transformación al estado de inmortalidad y existencia definitiva solamente el testimonio evangélico de la Resurrección de Cristo, y de su actividad hasta la Ascensión, nos da una información que debe tenerse en cuenta al querer describir lo que la fe acepta acerca de nuestra propia existencia al fin de los tiempos.

¿Qué es el Hombre?

Como parte del mundo viviente, el Hombre es un organismo con los mismos componentes y funciones básicas de toda la vida en la Tierra. Su vida vegetativa y sensitiva es equiparable a la de otros mamíferos, incluyendo el proceder instintivo para la supervivencia más elemental del individuo y de la especie. Como todo ser viviente material, está también sujeto al desgaste, que obliga a la alimentación y continua sustitución de nueva materia en todos los niveles de funcionamiento del organismo. Como consecuencia, los componentes físicos de cada órgano no pueden mantenerse indefinidamente, y en un espacio de algunos años puede afirmarse que todos los átomos del cuerpo en un momento dado han sido sustituidos por otros que son individualmente distintos.

Como organismo pluricelular, también puede sufrir la pérdida de células completas o de conjuntos de ellas, así como la inserción de otras nuevas. Células que se extraen y cultivan en el laboratorio (por ejemplo, para recuperar la piel destruida en una quemadura) se incorporan al miembro afectado y pasan a ser parte nuestra en igualdad de condiciones con las que no han dejado nunca de serlo. Injertos de órganos completos tomados de otro cuerpo, incluso no-humano, son parte normal de la experiencia médica de nuestros tiempos, así como las transfusiones de sangre y médula espinal. Y es también algo común la utilización de elementos no biológicos para sustituir a riñones dañados, huesos, e incluso el corazón, en períodos más o menos largos de una intervención quirúrgica.

En todos estos casos, se mantiene la identidad sustancial del cuerpo humano; tal identidad se afirma también a lo largo de toda la vida, desde la concepción hasta la muerte. Es claro, como consecuencia, que la expresión “mi cuerpo” no designa un conjunto único e inmutable de átomos o células, sino que indica un modo de considerar a la materia como parte de un Yo de orden superior, aun en el plano de la vida biológica solamente.

Pero en el Hombre se da otro tipo de vida, que nos especifica dentro del género “animal”. Somos animales racionales, con actividad cognoscitiva y volitiva motivada por la tendencia universal a buscar Verdad, Belleza y Bien: algo que no se observa en los niveles previos de la escala evolutiva. El pensamiento abstracto, sea en Física y Matemática pura, o en Filosofía y Teología, ya no trata de los objetos materiales que impresionan nuestros sentidos. El Arte, sea literario o plástico, produce una satisfacción nueva por relaciones de orden estático o dinámico que son difíciles de hacer explícitas, pero que se intuyen como el resultado de una inteligencia que escoge y organiza elementos diversos para un fin determinado. Y del conocimiento de un fin y la elección de medios se deduce también la actividad libre y la responsabilidad, que son el fundamento de toda ética, derecho y estructura social.

Por ser la conciencia raíz y parte del conocer y actuar humano, podemos decir que ella es el carácter distintivo del Hombre: sólo él, en el mundo animal, se conoce a sí mismo como sujeto último de su conocer y fuente de

actividad libre. Esta es la definición filosófica de la Persona. Y a esta persona se atribuye el conjunto total de lo que somos y hacemos, desde nuestros cambios orgánicos hasta las decisiones más sublimes o culpables.

Porque la materia en Física se define tan sólo por su comportamiento posible según cuatro “fuerzas” (interacciones: gravitatoria, electromagnética, nuclear fuerte y nuclear débil), si la actividad racional es debida a la materia, debe encontrarse una explicación para ella en una de esas fuerzas o en sus combinaciones. Esto no es posible sin un salto lógico totalmente a-científico: nada hay en las características de actuación de la materia que lleve consigo la presencia de conciencia, significado abstracto o libertad. Afirmar lo contrario equivale a suponer una cualidad oculta y desconocida que haría ya conscientes y libres (en algún grado) a las mismas partículas elementales, y no solamente a todos los animales, aun microscópicos. Tal suposición es gratuita e inadmisible.

Es necesario, por tanto, atribuir la actividad que la materia no explica a otro componente del Hombre de orden inmaterial: un “espíritu¹ humano”. Pero si esta dualidad se impone por la estricta lógica del principio de razón suficiente, no es menos clara la evidencia de que el Hombre es uno, y que ambas realidades que lo componen actúan con un influjo mutuo constante que subraya su unidad. El mismo desarrollo mental de un recién nacido viene condicionado por su cerebro, y por los estímulos sensoriales de su entorno; durante toda la vida, la condición del cerebro es un factor importantísimo para determinar la posibilidad de trabajo intelectual o de verdadera responsabilidad por nuestros actos. También hay influjos innegables del espíritu sobre el cuerpo: nada es tan nefasto para la salud como una preocupación obsesiva o un sentimiento de culpabilidad y desesperación.

Por ser inmaterial, no puede atribuirse el origen del espíritu a ningún tipo de evolución genética: un *emergentismo* filosófico estricto solamente es inteligible dentro de un monismo materialista. Pero tampoco es admisible un espiritualismo que niega realidad a la materia, o la considera como una carga pesada y extrínseca al hombre, de la cual debe librarse el alma definitivamente en la muerte. Tal dualismo es equivocado en nuestra experiencia íntima, además de ser filosóficamente ilógico. Ni es tampoco compatible con la verdadera fe en la Encarnación, que nos presenta a la muerte corporal de Cristo como el Sacrificio supremo que nos salva, precisamente porque ese Cuerpo santo y divino del Señor sufre la muerte de cruz. Y sigue siendo el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía el medio maravilloso de su permanencia entre nosotros y el fermento de divinidad que nutre y desarrolla nuestra transformación en verdaderos miembros del Cristo Místico. No es el Hombre un espíritu encarcelado en la materia, sino una realidad misteriosa en que ambos elementos constitutivos, tan dispares, sin perder su distinción se aúnan en algo de un orden nuevo y único.

Aunque los términos de la filosofía tradicional aristotélico-tomista no son parte del dogma ni tienen que usarse necesariamente, por su importancia histórica y la abundancia de referencias a ellos en la Teología católica, es conveniente conocer su significado: alma y cuerpo son “sustancias incompletas”, de cuya unión se constituye el Hombre como sustancia completa, porque el alma -espíritu- “informa” al cuerpo. “In-formar” es aquí un término técnico, que significa “constituir en un modo de ser determinado”: la materia deja de ser meramente materia, para existir a modo humano, bajo el control del espíritu, y para el bien total del ser completo.

Ambos elementos constitutivos están ordenados el uno para el otro, y hay una dependencia mutua en el comenzar a existir y en el obrar, aunque cada uno tenga su actividad propia. Por eso la madre que nos da el cuerpo es madre de la persona completa, y la muerte es también muerte de la persona: sólo así es posible entender el hecho central de nuestra fe, que la Persona divina del Hijo se hizo Hombre, que María es Madre de Dios, y que la muerte del Hijo del Hombre en la cruz es redentora por ser un acto de la Persona divina.

Muerte y Resurrección

Ya que el espíritu no está sujeto a metabolismo ni enfermedad ni cambio físico alguno, no puede descartarse su pervivencia cuando el hombre muere, aunque se destruya el cuerpo y debamos decir que muere el Hombre. Pero no tenemos datos que permitan intuir el modo de vida de ese espíritu, desligado de la materia y de sus contribuciones a la actividad humana: parece necesario (filosóficamente) caer en una especie de concepción pagana de un “reino de las sombras” -el “sheol” del Antiguo Testamento- en que apenas se puede

¹ La creación del universo exige admitir una potencia no-material, que elige crear con conocimiento de todas las posibilidades y con selección de medios hacia un fin libremente buscado. Esta descripción expresa las notas características de un espíritu y de su actividad: conocimiento de lo abstracto, voluntad libre, existencia fuera del ámbito de las leyes de la materia. No es lógico rechazar como imposible la existencia de realidades creadas con tales propiedades, aunque sean inaccesibles a nuestra experiencia directa.

hablar de verdadera supervivencia ni de una idea clara de continuidad y responsabilidad personal por la vida terrena.

En los libros recientes del A. Testamento (por ejemplo, 2 Mac 7, 9-14) se da ya una solución nueva, que no hallamos en ninguna mitología ni religión fuera de Israel: se predice una vuelta a la vida de la totalidad humana, con la misma dualidad de cada persona individual, en unión de alma y cuerpo, que también implica la responsabilidad por los actos propios durante la vida mortal. De esta forma se cumple el que Dios es "Dios de vivos", porque para Él todos viven, y se cumple también el que el "Dios vivo" nos ha hecho a imagen y semejanza suya. El cómo y el cuándo de tal resurrección queda velado tras el misterio de la Omnipotencia del Creador, que pudo hacer que existiese lo que no existía, y puede dar de nuevo la existencia y la vida a quienes han perecido.

El modo de concebir la existencia tras la resurrección estaba, probablemente, limitado por una visión del Cosmos que no suponía cambio importante con el correr de los siglos, por no haber ideas claras de la actividad de la materia o de sus consecuencias. Es este conocimiento el que ahora presenta el problema en una forma más acuciante: el Universo tiene que agotar sus fuentes de energía para terminar en un vacío en que se mueven astros inertes en un frío y oscuridad total. Las condiciones mínimas para la vida no pueden darse indefinidamente. Y aunque el "Principio Antrópico" afirma la centralidad finalística del Hombre para determinar los parámetros de la materia y su evolución, la historia total del Cosmos no tiene sentido en el ámbito material: todo ha sido creado para que sea posible la existencia del Hombre (vida inteligente), pero luego se destruye toda posibilidad de supervivencia para el Hombre mismo.

La única explicación satisfactoria a este absurdo la encontramos en la fe: conocimiento recibido directamente de Dios por su libre revelación, no obtenido por ningún raciocinio ni sagacidad propia. La muerte debe dar paso a un nuevo modo de vida, en que ya no hay muerte, ni necesidad de renuevo de generaciones sucesivas. El ser humano está llamado a ser, en cuanto a su existencia y actividad, "como los ángeles en el cielo" (Mc 12,25), independiente de la materia, libre del marco espacio-temporal en que se desarrolla la actividad física. Esto afectará a la totalidad de la persona humana, dando valor permanente a todas nuestras acciones terrenas, y dando también sentido a la existencia de la raza humana y del Universo en su conjunto, librando aun a la materia de la "futilidad de la corrupción" (S. Pablo, Rom 8, 21).

Resurrección de Cristo

La predicción más insistente de Cristo en su catequesis de los Apóstoles es la de su Muerte y Resurrección. Y ninguna de sus obras maravillosas chocó tanto con la incredulidad de sus discípulos como su vida tras la sepultura. Ni siquiera sus enemigos intentaron negar con prueba alguna el hecho del sepulcro vacío, ni pudieron hacer más que proferir amenazas para acallar el testimonio de los Apóstoles, que se presentaban, primariamente, como "testigos de la Resurrección". No es necesario aquí dar detalles de lo que ningún exegeta objetivo puede poner en duda; como dice S. Pablo, "si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe... y nosotros somos los más miserables de los hombres" (1 Cor 15, 17-19).

La centralidad de la Resurrección se afirma como el resultado de la experiencia directa de esos Apóstoles, que comieron y bebieron con el Señor después de su Resurrección, y que por esa experiencia se transformaron de cobardes incrédulos en testigos sinceros y valientes hasta la muerte. No hay explicación posible del Cristianismo en ninguna otra hipótesis, ni puede reducirse a ningún tipo de "vivencia" subjetiva, individual o comunitaria, lo que se atestigua como hecho real, histórico, objetivo. Tal historicidad es explícitamente subrayada en el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, contra toda interpretación simbólica o cuasi-mitológica, tan difundida entre intérpretes protestantes modernos. No se justifica el hablar de un hecho "meta-histórico" para rebajar su objetividad: la constatación de la muerte de Cristo y de su vida subsiguiente es estrictamente una prueba de su resurrección, aunque el momento mismo en que acaeció no tuviese testigos presenciales. Como nadie pone en duda la historicidad del nacimiento de una persona viva, aunque no haya testigos presenciales del hecho inicial.

Las características de Cristo Resucitado pueden resumirse en dos palabras: es El mismo, transformado. Al mostrarse a sus discípulos, subraya la identidad, especialmente corporal: no es un fantasma, sino que tiene carne y huesos; es el mismo Cuerpo, señalado por las huellas de los clavos y la lanza; tiene la capacidad de comer, y lo hace ante ellos², con gestos propios que llevan a su reconocimiento en Emaús. Y es la misma

²Quienes niegan el sentido obvio de las narraciones evangélicas, lo hacen desde el supuesto a-priori de que es imposible que la resurrección incluya un organismo material, probablemente por no conocer a la materia según nos la muestra la Física moderna. Tales supuestos no pueden aceptarse como válidos sin acudir a datos científicos.

Persona, que recuerda lo que les ha dicho, que les conoce como amigos, que se dirige por su nombre a cada uno de ellos. La fuerza de convicción es total, y la maravilla de su nueva vida llega hasta la confesión de divinidad más explícita en el caso de Sto. Tomás.

Pero siendo el mismo Maestro de su previa experiencia de tres años, es también un nuevo "Señor" que muestra -sin alardes- su total dominio sobre la realidad material, incluido su propio Cuerpo. Las paredes del Cenáculo no son barrera para su entrar o salir, ni se le puede ver o encontrar sino cuando y como El quiere. Puede ser desconocido aun para sus íntimos, como si su Cuerpo fuese totalmente plástico bajo el control de su Espíritu. Y cuando, finalmente, tras cuarenta días de asombro, el Señor se despide de ellos en la Ascensión, ven cómo se eleva al cielo espontáneamente, sin que peso o fuerza alguna pueda impedir su vuelo.

La Teología de siglos, en su esfuerzo para expresar realidades tan nuevas, da nombres a este proceder inusitado de la materia: el cuerpo de Cristo goza de "sutileza", "agilidad", "incorruptibilidad", "inmortalidad". Con la concisión de S. Pablo: es un cuerpo "espiritual" (1 Cor 15, 44), libre de las limitaciones físicas propias de la materia ordinaria, pero todavía "Cuerpo". Y esta palabra no tiene sentido alguno sino como estructura material, últimamente compuesta de las partículas y energías que describe la Física. Cualquier otra interpretación inmaterial es arbitraria y contradictoria. Consecuentemente, se plantea un desafío a nuestro entendimiento: ¿es lo que afirmamos compatible con la idea de materia de la Física moderna?.

¿Qué es la materia?

El modo en que la experiencia macroscópica vulgar nos presenta a la materia lleva a afirmar como sus características inevitables la extensión, masa, impenetrabilidad y localización necesaria y única. A estas propiedades pasivas se unen otras de carácter activo, razón suficiente de las interacciones que aceptamos en los órdenes físico-químico y biológico; es fácil ver a éstos proceder como el resultado de "energías" que se conciben como menos materiales y de carácter accidental. Finalmente se supone que partículas y energía se distinguen claramente entre sí y del marco espacio-temporal en que la materia actúa, sin que su actividad influya sobre el espacio o tiempo, ni sea afectada por ellos. Así se concibe el mundo físico dentro del paradigma Newtoniano.

A partir del s. XIX se establece la multiplicidad de 92 elementos químicamente irreductibles, que forman el Sistema Periódico. Y con los datos de la desintegración radioactiva y los experimentos de Rutherford, muy pronto se llegó a la conclusión de que todos esos elementos están formados por tres partículas solamente: protón y neutrón en el núcleo (nucleones) y electrones en la periferia del átomo. El número de protones determina la identidad del núcleo, mientras los electrones periféricos son responsables de la actividad química. Hay dos nuevas fuerzas nucleares: fuerte y débil; la primera explica la cohesión de los protones y neutrones a pesar de la repulsión eléctrica de aquellos, mientras la fuerza débil da razón de las transformaciones de partículas observadas en la radioactividad.

Si bien esta descripción es útil y fácil de imaginar, no es correcta si las órbitas y los electrones se consideran como miniaturas del sistema planetario. Para explicar la estabilidad del átomo se requiere afirmar, contra las leyes del electromagnetismo, que un electrón acelerado (en órbita) no emite energía: de lo contrario, se precipitaría instantáneamente sobre el núcleo. El estudio del espectro de luz emitido por cada átomo exige aceptar que los electrones sólo pueden existir en órbitas a distancias precisas del núcleo, perdiendo energía o absorbiéndola solamente en cambios de órbita. Para dar razón de este modo de proceder discontinuo es preciso incluir en la imagen del electrón un aspecto nuevo: una "onda" cuya interferencia selecciona las órbitas permitidas. Las partículas elementales dejan de ser pequeños perdigones con radio medible y localización precisa; parece que se convierten en algo irreal y que la misma noción de materia se desdibuja.

Otras muchas partículas, de existencia efímera y propiedades extrañas, empezaron a proliferar en choques violentos. Algunas, como el neutrino, sin masa detectable ni carga eléctrica, ni tamaño demostrable, pero dotadas de energía. Otras, hipotéticas al principio, dotadas de nuevas "cargas" de índole desconocida -"color" y "sabor"- terminaron por ser consideradas reales, pero sin posibilidad de existencia independiente. Y todas ellas, según la famosa ecuación de Einstein, son convertibles en pura energía, y pueden sintetizarse a centenares de la bruta energía de un choque. No hay distinción clara entre lo que considerábamos más básico, la partícula, y algo que parecía accidental a ella, la energía. Pero la energía no puede localizarse exactamente, ni es impenetrable, ni está individualizada, ni forma estructuras estables; al ser la energía una forma de materia, ya no pueden afirmarse tales características como esencialmente necesarias tampoco para las partículas que de ella se sintetizan.

La Teoría General de la Relatividad establece una interacción entre la masa y el espacio vacío, borrando la distinción clara entre la materia detectable y su entorno: el vacío físico es una realidad material con propiedades electromagnéticas y geométricas medibles. Incluso en la ausencia total de partículas y energía perceptible ese espacio es algo real, afectado por una curvatura que la masa causa y que roba energía a un astro que se mueve en órbita sin rozamiento alguno (producción de ondas gravitatorias). Posiblemente haya que extender al espacio y al tiempo la estructura discontinua que se ha hecho necesario aceptar al hablar de partículas y energía.

El comportamiento de las partículas, incluso de átomos enteros, sugiere su presencia simultáneamente en varios entornos, pues la trayectoria que siguen se ve influida por rendijas u obstáculos enormemente distantes en comparación con su "tamaño" (difracción e interferencia de electrones, neutrones, etc.). El efecto túnel, de gran importancia en la electrónica actual, se expresa afirmando el paso de un lugar a otro sin pasar por el medio, y sin gasto de energía ni intervalo de tiempo medible. La individualidad de las partículas se pierde también, hasta el extremo que el insistir en ella imposibilita el cálculo correcto de resultados experimentales. Incluso la idea de impenetrabilidad deja de ser aplicable, aun en escalas macroscópicas, cuando estrellas enteras pueden desaparecer en el pequeño volumen de un agujero negro, verdadero pozo sin fondo capaz de aceptar masas sin límite alguno.

Nuevas teorías de unificación de fuerzas proponen espacios multi-dimensionales, aunque solamente sean directamente detectables las tres dimensiones espaciales de nuestra experiencia vulgar. Distorsiones varias del vacío hacia esas direcciones inimaginables explicarían las diversas fuerzas, que, a su vez, son indistinguibles de energías y partículas que las actualizan en cada caso. Casi puede sugerirse que la única realidad material es el espacio-tiempo del vacío físico, arrugado levemente en campos de fuerza e intensamente deformado en remolinos invisibles que aparecen como partículas, incluso con la producción espontánea y continua de pares "virtuales" que modifican los niveles de energía de un átomo (efecto Lamb).

Finalmente, lo único que parece salvarse de nuestra concepción original, es la capacidad de actuar por medio de alguna de las cuatro fuerzas aceptadas por la Física. Tal actividad puede no ejercerse, pero existe la posibilidad de hacerlo como la característica que define a la materia, sea en una estrella, en nuestro cuerpo, o en el mismo espacio vacío. Ciertamente es difícil entender a la materia, y no debemos negar fácilmente la posibilidad de que, por concesión divina, se comporte en niveles macroscópicos como vemos lo hace en nuestros laboratorios al nivel de lo increíblemente pequeño³.

Resurrección - Vida Eterna

El Catecismo de la Iglesia Católica, especialmente en los números 638 a 644, insiste en el carácter histórico y objetivo del hecho de la Resurrección de Cristo. Y en el nº 645 apunta a la transformación que cambia el modo de existir del Cuerpo del Señor: "no está situado en el espacio ni en el tiempo, pero puede hacerse presente a su voluntad donde quiere y cuando quiere"... "es soberanamente libre de aparecer como quiere" (diversos aspectos)... "pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio"... "participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que S. Pablo puede decir de Cristo que es "el hombre celestial".

En los números 988 y siguientes, se habla de nuestra resurrección: "El Credo cristiano...culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al fin de los tiempos, y en la vida eterna". "La 'resurrección de la carne' significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros 'cuerpos mortales' volverán a tener vida". Pero, como contraposición, leemos en el nº 996: "Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprendiones y oposiciones....Se acepta muy comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?"

La respuesta a esta pregunta, en los números siguientes, acentúa nuestra asimilación a Cristo, y afirma la universalidad de la resurrección con sus connotaciones de estado definitivo, al fin de los tiempos, pero con premio o castigo según el proceder individual durante la vida en la Tierra. Y se admite que el "cómo" sobrepasa nuestra imaginación y entendimiento: "no es accesible más que en la fe" (nº 1000). Sucede así porque nuestros conceptos e imágenes del cuerpo y su proceder se fundan sobre experiencias sensoriales unidas siempre al marco espacio-temporal. No podemos comprender un modo de vida (que siempre significa actividad) si no hay un tiempo en que esa actividad se desarrolle.

³ No pueden darse aquí todos los datos experimentales que justifican lo expuesto acerca del comportamiento de la materia. Libros de Física de nivel universitario presentan esta información y las referencias adecuadas para quienes quieran profundizar en el tema, verdaderamente fascinante, de la concepción actual de la realidad.

Es el mismo problema que afrontamos al hablar de la vida inmutable de Dios en su eternidad. Pero es la ciencia actual la que subraya que el tiempo es un parámetro de la materia; que antes de la gran explosión primitiva “no hubo antes”, que el tiempo deja de tener sentido en el interior de un agujero negro. Y tampoco sabemos realmente entender lo que estas expresiones científicas implican: aunque el formalismo matemático sea correcto, nos es imposible imaginar la realidad que implican las fórmulas.

Volviendo nuestra atención a la parte positiva de la enseñanza cristiana, se nos dice que el cuerpo resucitado de Cristo (modelo y fuerza activa para nuestra propia resurrección) existe fuera del entorno de espacio y tiempo, aunque puede hacerse presente en él a voluntad del espíritu. Sin espacio y tiempo no hay actividad física, ni puede haber desgaste o muerte. Tampoco puede ser la materia ordinaria barrera alguna para ese hacerse espacialmente presente, siempre posible por tratarse aún de un verdadero cuerpo. Los procederes antes descritos de las partículas elementales desafían ya nuestra comprensión científica, aunque están claramente comprobados y son reproducibles a voluntad; mucho más debe superarnos lo que Dios tiene reservado para los suyos en un modo de existir que no está ceñido por las leyes físicas.

Tal vez el único punto que no parece tratarse explícitamente en el Catecismo sea el de la identidad corporal. En el caso de Cristo, es obvio que El quiere probar tal identidad a sus discípulos, con señales inequívocas de las heridas. Pero El había muerto en el pleno vigor de su Humanidad, y su cadáver no había sufrido descomposición ni alteración drástica. No es lo mismo el caso de quien muere antes de su desarrollo orgánico, con deformidades congénitas o adquiridas, en la decrepitud de la vejez, con un cuerpo destruido por el fuego o simplemente por el lento deshacerse en la tumba. Ni es tampoco claro el sentido de propiedad con respecto al cuerpo de quienes han tenido trasplantes de órganos o han pasado -directa o indirectamente- a ser asimilados en parte por otros. Nada nos dice la fe de estos problemas, aunque la Tradición y la Teología insisten en la perfección del cuerpo resucitado, no solamente por su integridad física y desarrollo armonioso y completo, sino por su carácter “espiritual” que transparenta la gloria del alma ya resplandeciente por la unión con Dios de los bienaventurados. No es fácil reducir estas afirmaciones a un canon de belleza universal, ni a una estructuración que es independiente de espacio y, por tanto, de forma y extensión. Una vez más, tampoco entendemos como Dios, Belleza infinita en su espiritualidad, es reflejado en la belleza del mundo material, aun corruptible. Pero no se ve esto como una dificultad sería para aceptar la resurrección del cuerpo.

En cambio, el identificar como propio un cuerpo compartido, tal vez ya en vida, sí sugiere problemas en que la Física puede ayudarnos a aclarar ideas. Como queda indicado, las partículas elementales son indistinguibles en nuestros experimentos: no puede decirse que tienen individualidad propia. Todas son intercambiables con energía, y esta energía permite rehacer partículas semejantes o distintas de las originales.

Si aceptamos la idea de un substrato universal -vacío físico- cuyas distorsiones aparecen como partículas o energía, exigir su identificación sería tan impropio como hacerlo con respecto a idénticos remolinos de las mismas gotas de agua en el mismo océano. Y si una célula llevada de mi cuerpo al laboratorio es un animal independiente de mí, pero vuelve a ser parte de mi cuerpo al reintegrarla al organismo, no hay realmente una objeción válida si esa célula o células han sido en algún momento parte de otro cuerpo humano.⁴

El nuevo Hombre, con su cuerpo “espiritualizado”, se afirma en la resurrección al fin de los tiempos. Y esto da lugar a otra pregunta de difícil contestación: ¿qué tipo de vida tiene el alma desde el momento de la muerte hasta esa transformación escatológica?. Hemos dicho que la persona humana no se da en su sustancialidad total sino en la unión de alma y cuerpo, y que no es imaginable una existencia humana satisfactoria sin la materia. La respuesta tradicional, dentro de la Teología, se centra en la felicidad esencial del conocer intuitivamente y amar a Dios, con el gozo completo -también del cuerpo- reservado para el fin de los tiempos.

En el mismo modo de concebir nuestra existencia futura se afirma que todo ser creado (aun espiritual, como los ángeles) necesariamente se encuentra en un flujo temporal, porque no puede poseer toda su esencia simultáneamente. Hay, por tanto, un tiempo de espera entre la muerte y la resurrección, durante el cual no se verifica en su totalidad la transformación humana al modo de existir definitivo y glorioso, aunque sea posible, y se afirme explícitamente, la actividad cognoscitiva y volitiva propia del espíritu.

Este modo de concebir nuestro paso a la eternidad es, ciertamente, suficiente para responder a objeciones intuitivas sin caer en ningún absurdo ni contradicción. Ni es nuestra incapacidad de imaginar tal tipo de vida un obstáculo infranqueable: ya hemos indicado que no sabemos imaginar sino lo que nos dan nuestros sentidos en alguna forma. Pero tal vez sea posible subrayar que el

⁴El problema de la identidad del cuerpo resucitado fue tema importante de las discusiones y definiciones del Concilio Lateranense IV de 1215.

concepto tradicional de "tiempo" no es el que hoy nos da la Física: éste debe aplicarse exclusivamente al mundo de la materia. Si podemos decir que lo no-material está fuera del tiempo, tendría sentido afirmar que no hay tiempo en la vida del espíritu, como sugieren las citas anteriores del Catecismo de la Iglesia Católica.

Servicio de noticias-
Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©
Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original

En tal caso sería correcto decir que el alma, tras la muerte, no está en espera de la resurrección, como tampoco hay espera para Dios, aunque sí la hay para nosotros, inmersos en el tiempo. Por tanto, hablando con precisión, no se daría nunca un estado de existencia separada de alma y cuerpo, *desde el punto de vista del alma*; no tendría operaciones vitales sucesivas un alma independiente, aunque siga siendo necesario expresar el flujo histórico de cada ser humano y de la humanidad entera como incluyendo diversas etapas siempre enmarcadas en el tiempo. Recordemos que la eternidad no es un flujo temporal, al menos en el sentido que nosotros damos a estos términos, y que nuestras oraciones y la intercesión de los santos ocurren ante Dios en un “ahora” que para El es simultáneo en todo cuanto acontece. Lo mismo debemos aceptar como aplicable a nacimiento, vida, muerte y resurrección: sólo para quienes están en el marco espacio-temporal son episodios cuya cronología parece importante.⁵

Eternidad y Universo material

Como última consecuencia de nuestra fe en la resurrección y pervivencia de todo el Hombre fuera del espacio y del tiempo, encontramos una respuesta a la aparente futilidad de la evolución del Universo; la totalidad del Cosmos no ha sido en vano, pues su existencia, con toda su complejidad y derroche de estrellas y galaxias, ha florecido en la materia preparada para que Dios una a ella el espíritu. El Hombre es la razón explicativa de que Dios cree: no por entretenerse en fuegos de artificio de átomos o estrellas, sino para encontrar en la creación una respuesta personal de adoración y amor, que solamente la criatura racional puede dar. La infinita generosidad de Dios se extiende hasta la Encarnación y Redención, de modo que somos imágenes de Dios siendo imágenes del Dios hecho Hombre. Adoramos a la materia, en el Cuerpo de Cristo, y esta materia está en el trono de la divinidad, sobre todo lo creado. Todo ha sido creado por El y para El, y en El reside toda la plenitud, como leemos en el hermosísimo himno de S. Pablo en su carta a los Colosenses (Col 1,13-20).

No debe darnos una impresión de decepción o desencanto el futuro previsto por la Física para todas las estructuras materiales. En el no-tiempo de esa nueva existencia nos gozaremos, como Dios, conociendo como presente y admirando todo lo que el Creador ha hecho en todos los tiempos, pues -con la frase atrevida de S. Pablo- “conoceremos como somos conocidos” (1Cor 13, 12). No es, por tanto, la historia evolutiva del Universo algo descartado como sin importancia, ni para Dios ni para los que con El y en El existen.

Me atrevería a decir algo semejante con respecto a todo lo que ha habido de hermoso en nuestra existencia mortal: las experiencias del cariño recibido en la niñez, el gozo de aprender, la alegría de una amistad, la satisfacción de un esfuerzo coronado por el éxito que nos enorgullece y enriquece. Sobre todo, la callada maravilla de nuestro crecimiento en gracia y en transformación en Cristo, hasta que ya en esa nueva vida no vivimos sino en su vida, en el latir de su Corazón y en la unión con el Padre y el Espíritu que es su felicidad esencial y eterna. Y todo este gozo tendrá su repercusión en nuestro cuerpo, como sentimientos que reflejan el estado del espíritu y florecen en una sonrisa, una mirada.

Dice José Luis Martín Descalzo que solamente se puede querer de verdad lo que se puede abrazar. En un dibujo de una revista americana, una niña, diciendo sus oraciones al acostarse, pregunta a su padre: “Los que están en el cielo ¿pueden abrazar a Dios?”. Yo contestaría con un Sí convencido: hasta mi corazón y mi carne saltarán de gozo con el Dios vivo.

⁵ Indica S. Pablo (I Cor. 15, 51-52) que espera la transformación al nuevo modo de existir en incorrupción e inmortalidad aun sin pasar por la muerte, sin que esto implique ningún privilegio con respecto a los que han muerto y resucitan. No sabemos si será así: ni siquiera quiso pronunciarse dogmáticamente la Iglesia, al definir la Asunción de María, para incluir en la definición ni su muerte ni el privilegio posible de no sufrirla. Pero sí se indica que fue María glorificada en cuerpo y alma, de modo que el mismo cuerpo conocido por los Apóstoles está ya en el cielo.